

al menos lo haga en el presente, esto alimenta enormemente las clases.

Y esto se nota, se transmite..., enriquece el contenido. En realidad no está mal que un profesor se dedique *full time* a su ejercicio docente, lo que queda en un terreno gris es utilizar el ejercicio docente sin verdadera responsabilidad, sin dedicación completa o al menos ejercer el rol y desempeñarse al mismo tiempo en su actividad profesional.

Un docente no puede no saber armar una planificación, no saber donde actualizar material, desconocer reglas básicas que no se nutren con talleres sino que obedecen a características propias de cada uno, a su desempeño docente. Esto influye en la calidad educativa de los alumnos.

Qué ocurre con los docentes que tienen un muy buen desempeño en el ámbito profesional pero que por poco tiempo o falta de dedicación no brindan al alumno contenido en sus clases, lo cual es más que necesario ya que aún están en un ciclo de formación.

Dónde está el límite, el equilibrio, la responsabilidad docente de preparar una clase, de articular realidad con contenido, de estar actualizado no sólo con bibliografía sino con otro tipo de información que enriquezca su perfil, su formación cultural.

Lo que quiero rescatar de esta reflexión es que se es o no se es docente, no se puede jugar a ello.

Si además del rol docente el mismo se desempeña en lo suyo, enriquece entonces el quehacer cotidiano de las clases y las dudas, casos y contenido que le llega al alumnado.

Si además se ejerce con responsabilidad el rol conociendo las normas académicas, el alumno sentirá apoyo en sus demandas; si se juega a todo esto porque de esta manera se aumenta el ingreso personal en términos económicos, o resulta divertido, divertirse con los alumnos, lo cual es parte del ejercicio docente, pero esto es solo una parte, entonces tanto universidades como docentes no estarán entendiendo gran parte de las bases sobre las cuales los futuros profesionales se van formando.

Por último, la Universidad es una gran fuente en donde alumnos y profesores alimentamos el saber, el espíritu, las relaciones, la confrontación de experiencias; es desde ahí que quienes tenemos la responsabilidad de formar alumnos debemos plantearnos y exigirnos, siempre un paso antes que el alumno: Podemos con ellos fuera del aula intercambiar experiencias, pero son ellos quienes vienen a aprender de nosotros. Entonces profesión y conocimiento deben estar *aggiornados* por igual.

Problemáticas de la comunicación pedagógica en el ejercicio docente con alumnos extranjeros

Alel Jait

Toda situación pedagógica supone una transformación en la que el sujeto al deconstruir y reconstruir su subjetividad en el proceso de aprendizaje deviene otro. La pedagogía entendida como praxis supone un hacer que

es un por hacer, es decir, un proyecto en el cual el alumno es considerado un ser autónomo. Pero dicha autonomía se construye al interior del proceso, siendo medio y fin a la vez, lo que implica anular ambas instancias por ser propias de una concepción técnica en la que el sujeto es comprendido en tanto objeto maleable en el que es posible operar para alcanzar un resultado.

La pedagogía, entonces, se propone como una praxis imposible puesto que apuesta a modificar al ser humano sumida en el terreno de la indeterminación: nunca se sabe de antemano cual será el punto de llegada. La pedagogía podría ser equiparada a la figura de la aventura porque el sujeto que en ella se embarca emprende un viaje hacia lo desconocido.

En este sentido, aquello desconocido es el sujeto que deviene tal en la dinámica infinita -consustancial al proyecto de autonomía- por la que se transforma en otro. Esta mutación implica que la pedagogía, además de ser una práctica, posee la potencialidad de la creación al producir una auto-alteración en el sujeto, ya que éste puede convertirse en otro a través y en el dictado de su propia ley.

Si bien la tarea pedagógica se apoya en la enseñanza de materias específicas, su objetivo es desarrollar al máximo las capacidades propias del sujeto, al tiempo que debe responder y alimentar las preguntas del alumno para que el cuestionamiento sea el motor que traccione las ganas de estar siempre aprendiendo.

Por ello la imposibilidad anteriormente mencionada radica, según Cornelius Castoriadis, en que la pedagogía debe apoyarse en una "(...) autonomía aún inexistente a fin de ayudar a crear la autonomía del sujeto."¹

El proceso de emancipación, por tanto, apunta a que el sujeto se vuelva un ser capaz de reflexión, de deliberación y de creación; que conviva con lo dado siempre *sabiendo* que está en el hacer individual y colectivo cuestionarlo, modificarlo porque es aquello dado su propia creación.

Además, la tarea pedagógica no se trata de una actividad que se imprime en una pasividad, sino que tanto el agente (docente) como el paciente (alumno) sufren una transformación. En la relación entre estas dos instancias, la lógica agente-paciente supone un aprendizaje compartido debido a que se trata, sin más, de un vínculo intersubjetivo; una vez más no hay un objeto del aprendizaje sino que ambos transitan la experiencia que los conforma.

Podría agregarse que esta relación pedagógica es una relación de comunicación, por lo que dentro del aula, el vínculo intersubjetivo se afianza en una relación de comunicación pedagógica.

Desde el esquema de comunicación más simple, toda relación de comunicación para ser efectiva requiere que los actores implicados compartan un código; es decir que posean un lenguaje en común que les permita descifrar, aprehender y comprender la significación de la información que es transmitida.

Cuando esto no ocurre, el mensaje es ineficaz: se producen ruidos, alteraciones, mal interpretaciones, malentendidos producto de la falta de un código cultural compartido.

Sin embargo, en la experiencia pedagógica dentro del

aula, muchas veces alumnos y docentes son parte de las mismas significaciones imaginarias sociales, utilizan la misma lengua, comparten los mismos valores, creencias, etc., e igualmente se produce una falla en la situación de comunicación que lleva a que ciertos contenidos no sean comprendidos. La mayoría de las veces, estos “baches” en torno al sentido derivan de las didácticas utilizadas.

Pero existe un caso en particular que sitúa en el límite a la experiencia de la situación pedagógica: el caso de los alumnos extranjeros.

Según un informe difundido por la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación Argentina correspondiente al año 2007; el número de estudiantes extranjeros que eligieron las universidades de nuestro país ascendió a 23.737. Pero esta cifra fue aún mayor debido a que participaron en la encuesta el 80% de las universidades estatales y el 66% de las privadas. De los datos revelados, el 69% de los alumnos extranjeros cursó durante el 2007 carreras de pregrado y de grado. De los cuales mientras el 76% se inscribió en universidades estatales, el 59% lo hizo en universidades privadas.

Ante la gran afluencia de estudiantes extranjeros al país, el problema radica en cómo revertir la situación mencionada. Toda asignatura teórica supone la introducción a un mundo otro, en el que se articulan sistemas de pensamiento y producción de ideas alejadas de las prácticas cotidianas pero que, de algún modo, las actualizan, las presentifican produciendo una relación empática con los materiales en la que es posible establecer un lazo mínimo de comprensión.

Cada autor que el docente o la institución propone para trabajar en el aula habla un idioma que no es el nuestro. En una primera instancia, es preciso que el alumno se familiarice con el sistema de pensamiento que el autor propone, con el lenguaje que utiliza, para luego entablar un diálogo con él.

En el caso de los estudiantes extranjeros, el esfuerzo de lectura, supondría duplicar esta labor, debido a que primero deben interpretar un idioma diferente al natal e incorporar el sistema de creencias adherido a la lengua, para en un segundo momento, introducirse en la situación de diálogo.

Ahora bien, la acción pedagógica se apoya en el contenido de la enseñanza, es decir, en las materias específicas que constituyen la currícula de determinada carrera pero, a su vez, existen múltiples soportes que vehiculizan iguales contenidos. En este sentido, para trabajar la comunicación pedagógica con alumnos extranjeros es preciso, en primer término, desmontar la estructura del lenguaje, esto es visibilizar los significados y significantes que atraviesan la significación.

Pero, en segundo término, es necesario recurrir a múltiples soportes que garanticen la transmisión de ciertos contenidos. Esto implica, desde los aspectos más rudimentarios: que el docente potencie el lenguaje corporal -la gestualidad-, que utilice regularmente el pizarrón con el fin de nivelar la capacidad de abstracción de los alumnos. Además, desde un punto de vista más complejo debe recurrir tanto a las nuevas tecnologías de comunicación como a los medios masivos de comu-

nicación e incorporarlos en el aula: iguales contenidos teóricos pueden ser transmitidos desde soportes disímiles como filmes, documentales, música, *powerpoints*, internet, entre otros. En este sentido, se trata de rescatar las fortalezas de los lenguajes comunes para disminuir las debilidades.

Notas

¹ Castoriadis Cornelius, *El mundo fragmentado*, Altamira y Nordan-Comunidad, Buenos Aires, 1990. p. 105.

Enseñar en la era Facebook

Virginia Janza

¿De qué se trata esa mágica acción de transmitir un saber? ¿En qué consiste el hecho de trasponer, como se atraviesa el umbral de una puerta, el conocimiento de una cabeza a otra? ¿Es un acto meramente transitivo? ¿Qué hay en medio del enseñante y el enseñado? ¿Qué voluntades, qué intenciones, qué saberes previos? Y sobre todo, ¿Qué queda de esa traslación?

Acaso entre el sujeto que enseña y el que se dispone a apre(he)nder exista sólo un voluntarioso impulso de compartir un código, una señal, un símbolo que quede como huella de ese contacto. *Symbolon*, para los griegos, contraseña, era una suerte de tablilla que, partida a la mitad, se entregaba como recuerdo al estar de paso en la casa de una familia. De esta forma, tanto anfitriones como huéspedes, conservaban su parte que se transmitía de padres a hijos, generación tras generación, como símbolo de amistad, de ese contrato de hospitalidad que habían (com)partido.

En el aula somos los encargados de que esta relación de calidez se cumpla. De alguna manera, hacemos ingresar extranjeros a la casa de nuestro conocimiento, construida con múltiples saberes y decorada con ideas vastas, propias y recicladas. Pero, ¿Cuál es nuestra tablilla, nuestro símbolo? ¿El portfolio de cursada? He recibido portfolios muy adecuados que, sin embargo, eran deslucidos por un Trabajo Práctico Final mal escrito o sin un concepto coherente. Entonces, sigo pensando, ¿Cómo podemos evaluar que la transposición se hizo definitivamente, para toda la vida? Y digo para toda la vida arriesgándome a sonar trascendental.

Pero apuntar a un conocimiento pasajero, olvidable, superficial, en el reinado de la banalización, no debería ser un objetivo académico. De suyo, la única forma en que podemos juzgar si la información traspasó la enorme capa de mediatización –que, como un barniz indeleble, pintan a diario a nuestros jóvenes alternativamente la nociva televisión y la fugaz internet–, me arriesgo a decir, es “escuchándolos”.

¿Esta actividad es algo nuevo? ¿De qué se trata ese verbo: es-cu-char? Lo descompongo en sílabas para ver cómo suena, a ver si resuena, en mi cabeza, ¿Me escucho? El secreto está en el lenguaje. Quizás no tenemos el mismo código, la misma relación con las palabras, pero tenemos eso en común: el bendito castellano.